

LA VIDA EN LOS VACÍOS DEL PLANETA

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu

A photograph of a vast desert landscape with rolling sand dunes. The dunes are covered in fine, rhythmic ripples. A small figure of a person stands on the crest of a dune in the middle ground, looking out over the horizon. The sky is a clear, deep blue, and the lighting suggests late afternoon or early morning, with long shadows and warm tones on the sand.

Experiencias en los desiertos
para inspirar nuestro día a día

LA VIDA EN LOS VACÍOS DEL PLANETA

Experiencias en los desiertos
para inspirar nuestro día a día

Sebastián Álvaro
Jose Mari Azpiazu

© de los textos, Sebastián Álvaro y Jose Mari Azpiazu, 2021

© de las fotografías, Sebastián Álvaro, 2021,
excepto pp. 97, 109 y 113: © Alberto Iñurrategi; p. 119,
© Ignacio Oficialdegui, y pp. 81, 195 y 223

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com
www.lunweg.com
www.instagram.com/lunweg
www.facebook.com/lunweg
www.twitter.com/Lunweglibros

Creación y realización: Lunweg, 2021

Primera edición: noviembre de 2021
ISBN: 978-84-18820-13-7
Depósito legal: B.12.014-2021
Imprime: Macrolibros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

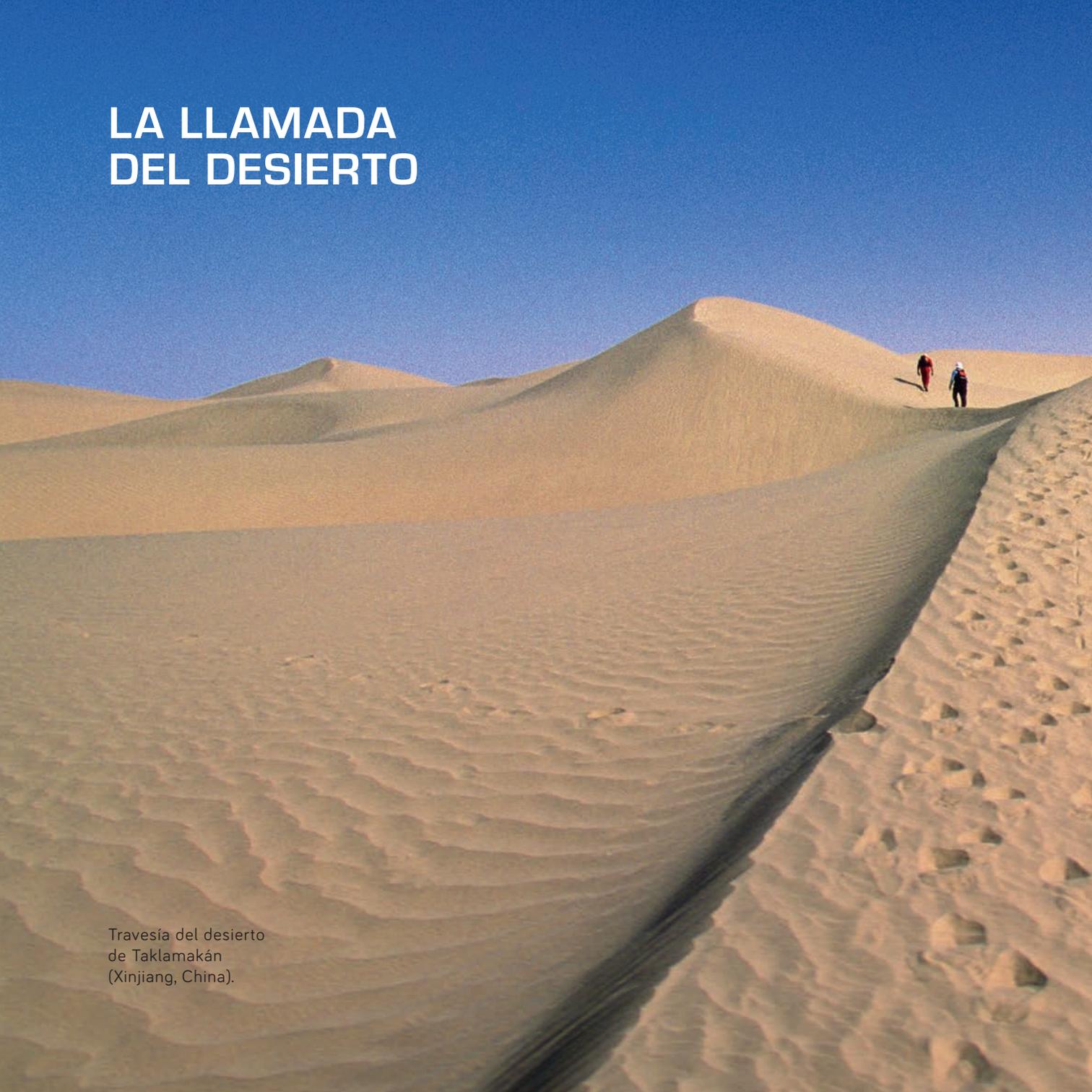
Fotografía de la cubierta: Gran Mar de Arena.
Fotografía de las guardas: Ascendiendo al monte Mills (Antártida).

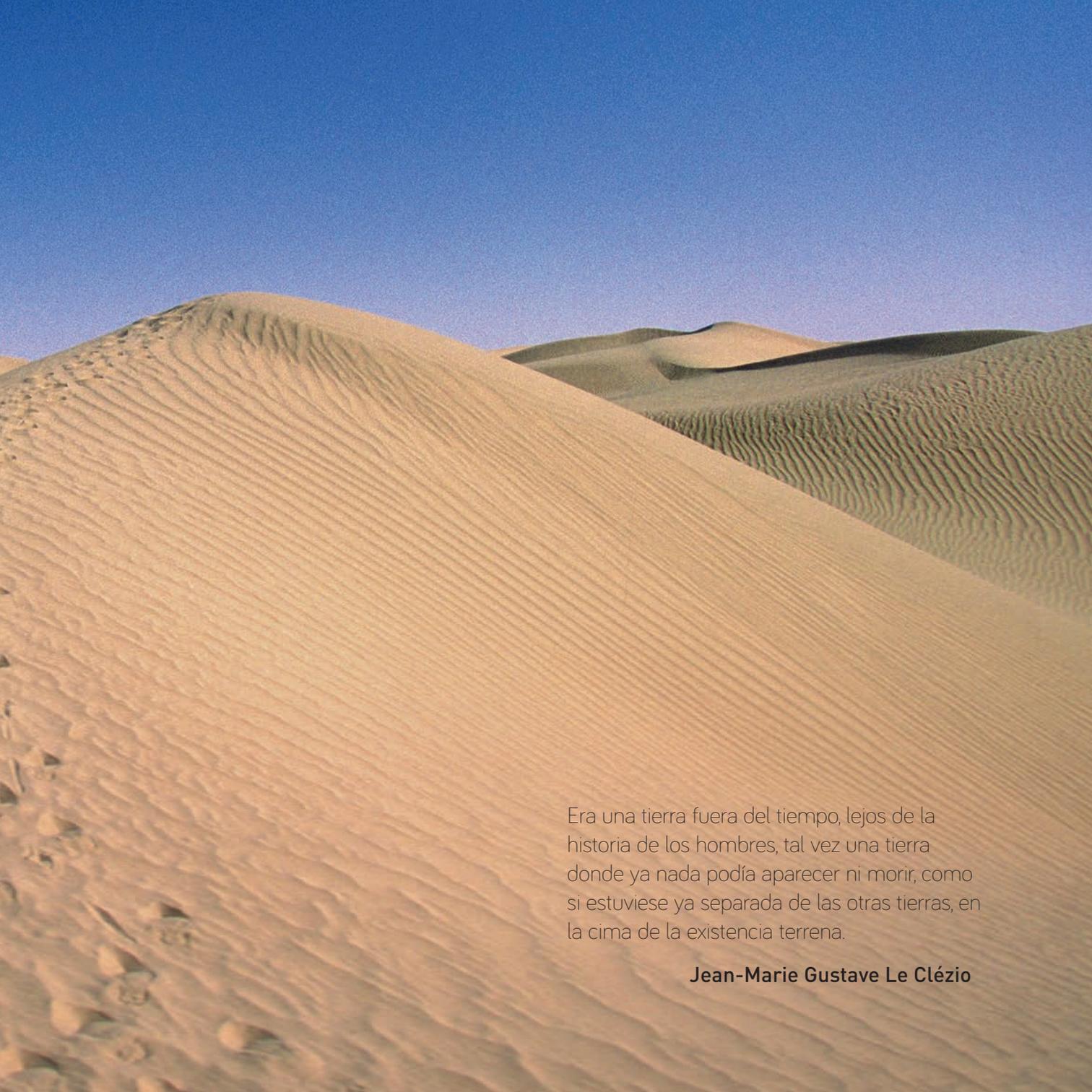
ÍNDICE

Introducción	8
LA LLAMADA DEL DESIERTO	12
CAMINOS DE LEYENDA	30
SI ENTRAS, NO SALDRÁS	62
DESIERTOS FRÍOS	92
DESIERTOS DEL NUEVO MUNDO	126
DESIERTOS DE PIEDRA	158
MARES DE ARENA	190
Epílogo	218
Bibliografía	221
Sobre los autores	222

LA LLAMADA DEL DESIERTO

Travesía del desierto
de Taklamakán
(Xinjiang, China).





Era una tierra fuera del tiempo, lejos de la historia de los hombres, tal vez una tierra donde ya nada podía aparecer ni morir, como si estuviese ya separada de las otras tierras, en la cima de la existencia terrena.

Jean-Marie Gustave Le Clézio

Dioses y profetas

El desierto es un lugar real que pertenece a la geografía histórica del pueblo de la Biblia. Un lugar inhóspito y peligroso, una *'eres gezerah*, una «tierra arrancada», es decir, separada radicalmente del mundo vital destinado a los hombres.

Silvio José Báez

Cuando el mundo antiguo se reducía al Mediterráneo y a Oriente, el islam y el judaísmo hablaban de un mismo dios con distinto nombre: Alá y Jehová. En el viento que moldea la arena del desierto los profetas buscaron la voz de Dios. Allí, Moisés, Jesús y Mahoma buscaron a Dios, y en sus resacas piedras encontraron la fuente de sus creencias, la resistencia de su carácter y la inspiración divina. El desierto fue la cuna de las tres grandes religiones monoteístas. El judaísmo, el cristianismo y el islam hunden sus raíces en la arena, en el paisaje desnudo por excelencia, donde Dios decidió revelarse a los hombres y los profetas encontraron la desnudez esencial de nuestra existencia. El desierto fue para ellos un lugar donde buscar la soledad y una referencia de la dureza de la vida de los hombres.

Cuando Israel fue asolado por la gran hambruna y sus habitantes se vieron obligados a emigrar a Egipto, Dios se valió del silencio del desierto para comunicarse con sus mensajeros. Lo hizo con Abraham, el primer patriarca del pueblo judío, al que pidió «ir al país que yo te indicaré», es decir, la «tierra prometida». La misiva de Dios era que Abraham escribiera el primer renglón de la historia de un pueblo desperdigado y maltratado. A partir

de ese momento, Abraham se convertiría en el padre fundador del pueblo judío. Y cuatro siglos más tarde sería Moisés el elegido para encomendarle su misión de salvar a los judíos del yugo de Egipto, culminando la obra emprendida por Abraham. Desde entonces, la dura travesía por el desierto que tuvieron que enfrentar los judíos ha quedado en la conciencia colectiva como sinónimo del esfuerzo que hay que hacer antes de alcanzar un objetivo al límite de las posibilidades humanas.

A partir de Jesús, el desierto adquirió un carácter espiritual, que trascendía su carácter geográfico. Igual que había hecho Alejandro en el oasis de Siwa, Jesús caminó desde Nazaret para ser bautizado por Juan el Bautista en el río Jordán. Después se retiró al desierto para orar, ayunar y prepararse para las duras pruebas que le esperaban. Según el Nuevo Testamento, permaneció cuarenta días con sus cuarenta noches en el monte Jabel Quruntul, hoy conocido como el Monte de la Tentación por ser el lugar donde el diablo tentó a Jesús. Solo después, preparado por esta experiencia transformadora, pudo dedicarse plenamente y con intensidad a su labor predicadora de unos tres años de duración.

También Mahoma decidió retirarse al desierto cuando tenía cuarenta años, a una cueva del monte Hira, donde se comunicaba con Alá a través del arcángel Gabriel. Fue en este árido y silencioso lugar donde al profeta Mahoma le fue revelado el secreto de la verdadera fe.

«El alma de la soledad suspiraba en toda la extensión del desierto», escribió Chateaubriand. Quizás esa fuese la explicación de que profetas, exploradores y poetas buscasen la inspiración en la sencilla desnudez de los desiertos.



¿Qué fue del ejército de Cambises?

Y brotó una borrasca de viento de mediodía que, levantando las montañas de arena, los dejó debajo, enterrados, y así desaparecieron todos.

Heródoto (484-425 a. C.)

Uno de los mayores enigmas del Sahara se encuentra enterrado, igual que sus protagonistas, en el Gran Mar de Arena, uno de los lugares más aterradores de nuestro planeta. Según dio cuenta el historiador griego Heródoto, en el año 520 a. C. un ejército de cincuenta mil hombres del rey Cambises se dirigió al Oráculo de Amón —uno de los más importantes del mundo antiguo junto con el de Tebas—, que estaba situado en el oasis de Siwa. Su intención era destruir el templo porque no se había plegado a las exigencias del rey persa. Pero desaparecieron dentro del Gran Mar de Arena, un infierno dentro de un desierto mayor, el Sahara. Algunos arqueólogos y buscadores de tesoros siguen persiguiendo los restos de aquella armada, un suceso a medio camino entre la historia y una leyenda inventada por la imaginación de aquellos egipcios que detestaban a los invasores persas. La búsqueda de aquel ejército sigue siendo una de las grandes aventuras que esconde el Sahara, pero no se ha encontrado nada a pesar de que varias expediciones han buscado sus restos. László Almásy, uno de esos ilustres buscadores, escribió: «En el oasis de Jarga todavía puede oírse la historia acaecida miles de años atrás. Heródoto cuenta que, siguiendo órdenes de Cambises, el rey persa que gobernó Egip-

to del año 525 al 522 a. C., salió un ejército formidable de unos 50.000 guerreros hacia el oasis de Siwa para arrasar el Oráculo de Zeus Amón. Ese ejército debe de hallarse enterrado con sus armas y bagajes en algún lugar, en los imponentes campos de dunas que se extienden al sur de Siwa».

Algunos egiptólogos aseguran que aquella misión nunca se llevó a cabo y que se trata de una invención creada por un pueblo sometido que se aferraba a sus dioses. Sin embargo, otros aseveran que algo terrible debió de suceder en un punto indeterminado del Sahara antes de llegar a Siwa. En 2009, los arqueólogos italianos Angelo y Alfredo Castiglioni afirmaron haber encontrado restos óseos enterrados al sur de Siwa, además de armas, cascos, pendientes o brazaletes. Sin embargo, las pruebas aportadas fueron insuficientes para un ejército de tal magnitud. En 2014, Olaf Kaper, un egiptólogo de la Universidad de Leiden, descubrió en el oasis de Dakhla un antiguo templo enterrado bajo la arena. En un bloque se decía que el ejército rebelde de Petubastis III fue el que acabó con Cambises y sus hombres, derrotándolos en pleno desierto en una épica batalla. ¿Podría ser esta la explicación correcta? Quizás algún día lo sabremos. Almásy supone que «debió de ser un *qibli*, con su ola de calor», lo que causó la ruina del ejército persa hace unos 2.500 años. Según informa Heródoto, llegaron al oasis de Jarga y continuaron hacia Siwa, pasando por Dakhla, y, desde allí, a lo largo de las dunas del Gran Mar de Arena. Una vez recorrida «aproximadamente la mitad» del camino entre Jarga y Siwa, se levantó «un viento del sur grande e impetuoso» que los sepultó a todos. Ni uno solo se salvó. Nadie llegaría a Siwa.



Página anterior:
Zona de guijarros cercana al oasis de Dakhla (Egipto).

Oasis de Dakhla, uno de los más importantes en la
ruta de las caravanas, al oeste del valle del Nilo.

Alejandro Magno, conquistador del mundo

Es hermoso vivir con valor y morir dejando tras de sí fama imperecedera.

Frase atribuida a
Alejandro Magno (356 a. C.-323 a. C.)

Hace poco más de 2.300 años nació en Macedonia un personaje destinado a cambiar el mundo y que encarnaría el ideal del guerrero perfecto. Un hombre extraordinario que reunió las virtudes y los defectos de los héroes griegos. La realidad y la leyenda se funden en Alejandro con una soldadura tan sutil que se hace difícil distinguir una de otra. La leyenda cuenta que llegó al fin del mundo, donde los mares se desplomaban en un abismo infinito, pero lo cierto es que Alejandro cruzó el mundo conocido, desde Grecia hasta Persia, y luego hasta el Indo y más allá. El mito cuenta que era hijo de Zeus, y la realidad es que, en solo once años, Alejandro se ganó el respeto y la adoración de los egipcios, conquistó Persia, se adentró en Asia y solo se detuvo cuando sus soldados, exhaustos, lo obligaron a volver. De regreso cruzó el Makrán, uno de los desiertos más terribles, donde perdió más soldados que en sus batallas. Del Sahara al Makrán, pasando por el Karakórum, Alejandro fue también explorador de los desiertos. Cuenta la leyenda que Alejandro lloró cuando no le quedaron más tierras que conquistar; lo cierto es que cuando murió, con cerca de treinta y tres años, era dueño del imperio más grande de la Antigüedad. Luego se convirtió en un mito perdurable y modelo de virtud durante siglos. En Alejandro se inspiraron guerreros,

conquistadores y generales como Julio César, Hernán Cortés o Napoleón.

Después de someter por la fuerza a los diferentes reinos de Grecia y el Mediterráneo oriental, Alejandro se lanzó a conquistar el Imperio persa. Pero todo empezaba por Egipto. Allí entró con su ejército y fue recibido como un libertador, pero antes de iniciar la invasión de Persia se desplazó hacia el oeste, hasta Siwa, para consultar si sus planes de conquista eran propicios. Siwa era el oasis más importante al oeste del Nilo, el último lugar habitado antes del Gran Mar de Arena. Desde épocas inmemoriales, este oasis era mucho más que un límite geográfico o un espléndido jardín al borde del desierto líbico. Siwa y su oráculo, con su inmenso poder, forman parte de una epopeya que cambiaría la historia. Ocultas entre miles de palmeras, aún pueden visitarse las ruinas del templo donde Alejandro Magno fue a consultar su destino antes de lanzarse a conquistar el Imperio persa. A las puertas del desierto, aquel joven llamado a cambiar el mundo confirmó lo que tanto anhelaba: ser reconocido como hijo de la divinidad. Solo entonces, convencido de ser un dios invencible, volvió sobre sus pasos para enfrentarse al poderoso Darío, el rey de reyes.

Del oasis de Siwa, Alejandro impulsó a su ejército a internarse en Asia para derrotar a Darío en la batalla de Gaugamela, una de las más trascendentales de la humanidad. Luego entró en Babilonia, saqueó Persépolis y se apropió del tesoro real, en un saqueo del que se afirma que ha sido el más importante de todos los tiempos. Después de convertirse en rey de reyes, una vez conseguidos todos sus objetivos, y contra toda lógica, se propuso alcanzar el fin del mundo conocido. Para ello

había que cruzar los desiertos de Irán y Afganistán y enfrentarse a las montañas más imponentes del mundo, el Hindu Kush y el Karakórum. Además, el ejército de Alejandro tendría que someter, a su paso, a las diferentes tribus de feroces guerreros, una tarea nada fácil y que les llevaría más tiempo, esfuerzo y bajas que derrotar al Imperio persa. En la frontera entre Afganistán y Pakistán se alza un territorio levantisco y feroz, tan salvaje como las montañas que lo flanquean; una tierra de nadie que siempre ha sido la llave de Asia. En el paso Khyber todavía resuena el eco de las mortales emboscadas que sufrió el ejército inglés. Como dijo Winston Churchill: «Aquí cada hombre es un guerrero, un político y un teólogo; cada casa, un fuerte feudal; cada familia cultiva su venganza». A pesar de todas las dificultades, Alejandro llegó hasta al mismo río Indo, donde libró la última de sus grandes batallas contra los elefantes del rey Poro. De esta forma extendió la influencia helenística hasta los actuales Pakistán, India y Afganistán. Sin duda Alejandro fue un conquistador valiente, ansioso de fama y gloria —la más honrosa de las aspiraciones en su tiempo—, pero también un explorador en busca de nuevas tierras, impulsado por la curiosidad y las enseñanzas de su maestro Aristóteles. Por eso, la memoria de Alejandro y la cultura helénica pervivieron muchos siglos después de que su imperio desapareciera.

Gracias al sueño de Alejandro, dos mundos, Oriente y Occidente, se fusionaron. La influencia helenística puede apreciarse hoy en lugares tan alejados de Grecia como el valle de Swat o los Budas de Bamiyán. Las altas montañas de Pakistán representan el límite de la Tierra que Alejandro deseaba poseer, la tierra sin conquistar

por la que lloró antes de dar media vuelta. Todavía hoy no se entiende que miles de personas lo siguieran hasta el fin del mundo y lo veneraran, lo cual lo convirtió en uno de los personajes de mayor relevancia y grandeza en la historia de la humanidad. Arrastró a sus soldados por rutas que ni siquiera ejércitos modernos estarían hoy dispuestos a acometer, cruzando collados a cuatro mil metros de altitud y atravesando desiertos como el de Makrán, en el sur de Pakistán, donde perdió a decenas de miles de hombres.

En el código genético de los habitantes de la ciudad afgana de Kandahar, que deriva del nombre Iskander —es decir, Alejandro—, o en los valles de los kalash, es probable que se encuentren rastros de los seis mil veteranos que se mezclaron con los nativos de la zona. El aprecio por la nobleza del enemigo, el respeto por las mujeres y las costumbres orientales, que lograría incorporar a las suyas, fueron la gran contribución de Alejandro, además de saber aceptar a los otros, a veces incluso escandalizando a los suyos, respetando sus tradiciones y sus dioses. Esta aceptación de lo ajeno, el mestizaje entre diversos pueblos y la fundación de ciudades fueron la base de la primera globalización que se extendió desde el Mediterráneo hasta Egipto y los confines de la India.

Del Sahara al Makrán, Alejandro fue, antes que nada, un aventurero arrastrado por grandes pasiones, al que le cautivaba, más que cualquier tesoro, la poderosa atracción de lo desconocido; un hombre joven que, como afirma el historiador Robin Lane Fox, «creía que nada fuera imposible; que un hombre podía hacer cualquier cosa, y él casi lo demostró».

¡Qué hermosa hoy la puesta de sol! Jamás
habíamos visto tanto oro, derramado solo para
nosotros.

* * *

Llega la hora mágica, la hora del crepúsculo.
Sobre las cimas lejanas aparecen, furtivas,
durante breves minutos, las violetas
incandescentes y rojas de arena. Todo parece
arder en vivos fuegos. . .

* * *

Los lugares donde no se ha amado ni se ha
sufrido no dejan en nosotros ningún recuerdo.

Pierre Loti (1850-1923)

Nadie puede saber cuántas voces tiene un
árbol hasta que llega a él desde el silencio de
un desierto.

George Adam Smith (1856-1942)

El desierto cuenta una historia diferente cada
vez que uno se aventura en él.

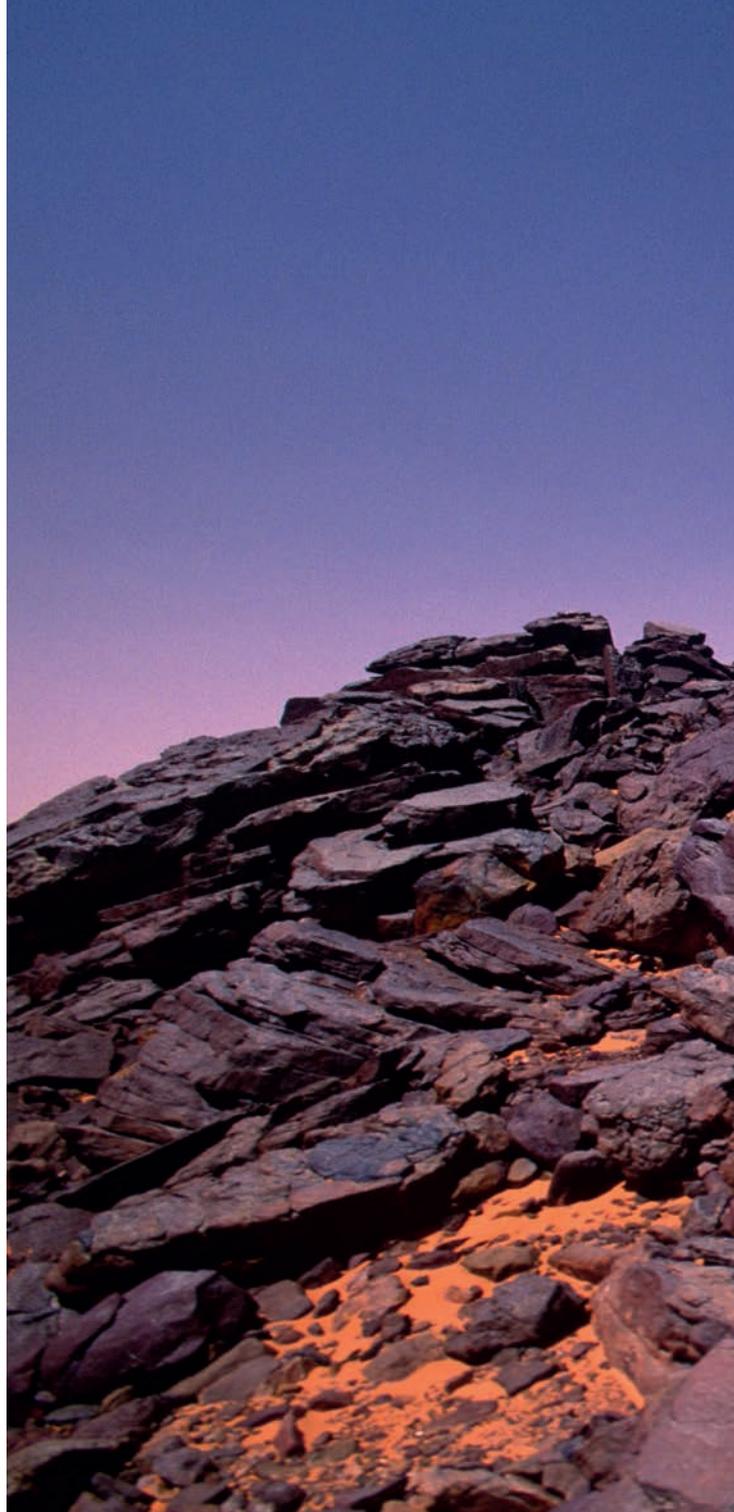
Robert Edison Fulton Jr. (1909-2004)

El desierto se burló de los cartógrafos.

Dean F. Wilson

El tiempo tiene una forma de enterrar cosas,
cambiar como el desierto y tragar civilizaciones
enteras, borrarlas del mapa y la memoria.
Siempre, al final, todo vuelve al polvo.

Jessica Khoury





En el desierto [...] la inmensidad del tiempo se vive cotidianamente. Su geología es visible incluso para un aficionado. El esqueleto del planeta aparece sin complejidades. Se lee la historia de la Tierra como en un libro abierto. La naturaleza nos enseña la sabiduría.

Théodore Monod (1902-2000)

Páginas anteriores:

Montaña en la ruta de los exploradores, en Egipto, camino de Sudán.

Página siguiente:

Escalando en las agujas volcánicas del Teolag Sur, macizo de Atakor, en el Hoggar (Argelia).

Vida, luces y colores de los desiertos

A pesar de la imagen idealizada y extendida de ser el infierno en la Tierra, sea como fuere, los desiertos gozan de un aura especial y una magia imantada que atrapa a quien se adentra en su interior. Sin duda son la expresión terrestre de las condiciones de aridez y temperatura extremas; pero, más allá de su aparente hostilidad, real tantas veces, los desiertos son lugares de culto, de admiración, de reflexión y de exploración. Su vacío ilimitado, una naturaleza indomesticada en estado puro, su peculiar aroma, sus sorprendentes amalgamas de luces y colores, su abrumador silencio, su mística seductora, una profunda austeridad que cautiva los sentidos y una suprema belleza desnuda que, como dijo Miguel Unamuno, es la que más cuesta apreciar, porque «el hombre es la conciencia de la naturaleza». Una belleza salvaje, natural e infinita, que con su desnudez transgrede los decorados humanos. Los desiertos pueden tener pieles y fisonomías distintas: arrogantes dunas de arena tostada, agrestes paisajes con una vegetación superviviente en la sequedad más radical, sufridos enjambres de cactus, enormes extensiones de sal, piedra, roca o gravilla. Vistan como vistan, los desiertos despiertan la admiración humana, incluso con sus feroces tormentas de arena.

Se da la paradoja de que el desierto de Atacama, uno de los más secos del planeta, recibe el nombre de «desierto florido» porque se convierte en un mar de flores de colores de más de doscientas especies y tonalidades diferentes en los años en que llueve inusualmente a causa del sobrecalentamiento de las aguas del